

amar á una hermana, contesté. En cuanto á la amistad, me parece que te trato con toda la confianza que deseas.

—Nó, Genaro; ¡es tan dulce al corazon del hombre depositar sus penas en un pecho amigo! saber que hay otro corazon que participa de nuestros mismos sentimientos, que sufre si sufrimos, que goza si gozamos; que esta sola idea mitiga nuestros pesares! Pues bien, Genaro, yo quiero encontrar en tí ese corazon; yo quiero que seas mi verdadero amigo; pero en cambio exigo de tí me trates con igual confianza, y no me ocultes las penas de tu alma.

Habia tal atractivo en el acento de Clara, que no pude resistir; recordé en aquel instante la promesa que habia hecho á Julia; pero á ella me era imposible abrirle mi corazon, y tenia yo tanta necesidad de un amigo, que estrechando entre las mias la mano de la jóven:

—Sí, Clara, le dije, acepto tu generosa proposicion y quiero ser tu amigo.

—¡Gracias, Genaro! Puesto que ya nos comprendemos, permítame que te hable con franqueza. Leo en tu mirada un aire de tristeza; parece que un agudo pesar oculta tu pecho; revelámelo, querido amigo; quizás yo pueda aliviarte ó al ménos unir con los tuyos mis suspiros!

—¡Tú eres un ángel! exclamé arrebatado de entusiasmo; tu corazon es tan bello, que cuanto más te conozco más te amo.

—Gracias, Genaro; pero ahora solo ocupémosnos de tí. Cuando yo sufra, tú olvidarás tus propias penas para mitigar las mias, hoy que tú padeces, deja que me consagre toda á tí. Díme, ¿me he engañado?

—Mi querida Clara, tu bello corazon ha leído en el mio: nó, no te engañas, soy muy desdichado, pero no está en tu mano aliviar mi tormento. ¡Ay! si tú supieras cuán terrible es vivir en el mundo sin tener una familia, sin haber conocido nunca á mis padres, sin tener un nombre con que presentarme en sociedad! Si tú comprendieses todo lo que esto nos hace sufrir y todos los desprecios á que nos expone, entónces sí me compadecerias y verias que mis desgracias no pueden tener término. Quizás tú misma, Clara, tan tierna y generosa, quizás tú misma, al saber que soy un pobre expósito abandonado de mis padres y sin nombre; quizás, ¡ay! tú te avergüences de mí y como todos, me desprecies.

—Mal me conoces, Genaro, si así me juzgas, replicó Clara con seriedad, pero no quiero ofenderme por tus palabras, el tiempo te dará á conocer quién es Clara, y verás si mi corazon es cual

lo juzgas; pero hoy, querido amigo, hoy, ocupémonos solo de tí. ¡Ah! tienes razon, Genaro; yo no podré darte una familia, pero sí puedo consagrarte el corazón de una amiga tierna, de una cariñosa hermana; ¿y no te parecen dulces estos títulos?

—Ciertamente, muchísimo.

—Pues entonces, ya ves cuán bueno es que de mi corazón formes tú el lugar de tu descanso, confiando á él con toda seguridad tus penas.

—Bien, Clara, respondí entonces, te contaré cuanto me pase, porque hasta hoy no he tenido sino muy poco nuevo en mi existencia.

—Por algo se empieza. ¿No me quieres contar cuáles son esas novedades?

—Si no es nada todavía, simplemente el principio de una simpatía hacia una tierna joven.

—Bien, refiéreme cómo nació esa simpatía y á quién se dirige.

Queriendo yo por medio de Clara poder adquirir mejores noticias sobre Leonor, me decidí á hablar de ella, y tomando la palabra le dije:

—¿Conoces tú por casualidad á una joven que vive bien cerca de aquí y que tiene por nombre Leonor?

—La conozco mucho, Genaro, y no te puedes figurar cuánto la amo.

—¡Oh! la conoces; ¿pero no te habrás confundido, porque Leonor no es de Italia?

—Ya se vé que no, es inglesa y por desgracia no permanecerá siempre entre nosotros:

—¿Con que es ella la que ha hecho nacer en tu alma el primer germen del amor?.....

—Al ménos una inmensa simpatía, Clara.

—¿Cómo la conocistes? me preguntó.

Referí entonces brevemente á mi amiga cómo habia conocido á Leonor, cuando caminaba sola, sosteniendo entre sus delicados brazos los vacilantes pasos del anciano. Le referí la conversacion ligera que tuvimos, y concluí por hablarle con toda franqueza de lo que habia ocurrido en la mañana de ese dia.

—Clara me escuchó con un vivo interés, más cuando hubo concluido, me dijo:

—¡Oh, Genaro! ten muchísimo cuidado!—no dejes crecer con fuerza en tu alma esa simpatía, porque quien sabe si podrás lograr el amor de Leonor: es ella un ángel de bondad, pero.....

—Concluye: ¿Qué es lo que temes?

—¡Que su corazón no esté ya libre!

—¿Qué me dices? ¿Acaso tú sabes?

—Nada hasta hoy, pero escúchame. Leonor fué de mí conocida por sus inmensas virtudes. Apenas llegó á estos sitios, que vino derramando

en ellos á torrentes los tesoros de su bondad. En estos lugares, no hay desgraciados que al correr á su lado para exponerle sus desgracias no encuentren en ella alivio. Leonor es la madre del huérfano; la hija y protectora tierna del pobre anciano, que no tiene sobre la tierra ninguna esperanza. Si vieras, ella es el consuelo de la jóven á quien un pérfido seductor ha robado el tesoro mas bello que posee la muger, y Leonor ha hecho y hace diariamente en el pueblo multitud de matrimonios; pues bien, no contenta aún con eso, visita al enfermo y lo cura, socorre al necesitado, enseña al ignorante, y por fin consuela y distribuye sus favores por doquier, porque Leonor es muy rica y emplea su fortuna de tal manera bien, que Dios se la bendice de continuo.

Es Leonor la admiracion de sus padres y la tienen muy consentida; aquí se encuentra solo con su padre, pero aun tiene en Inglaterra una madre igualmente modelo de virtudes como ella.

—¡Cuanto te agradezco Clara tu relato, pero no te puedes figurar la ansiedad horrible que se ha apoderado de mí, al oírte decir que Leonor puede ser que no esté libre: dime ¡por Dios! amará acaso al Visconde.

—No te lo puedo asegurar Genaro, pero hablándote con franqueza creo que lo ama.

—Las palabras pronunciadas en ese instante por Clara penetraron como ascuas ensendidas en lo mas profundo de mi corazón.

—¿Qué creés tú que lo ama me has dicho? y ¿de donde lo deduces? ¿te lo ha dicho ella, ó al ménos to lo ha dado á conocer?

—No Genaro, no llega mi confianza hasta ese extremo; pero hablándole una vez del Visconde, se expresó ella con tanto fuego, é hizo de él tantas ponderaciones, que yo concluí por pensar que lo amaba, y él por su parte la idolatra con un fuego extraordinario: ¡oh si lo vieses! no vive mas que por estas campiñas, y con solo tener el consuelo de verla, se siente feliz

—¿Qué me dices Clara! ¿tan fuerte así es su pasión?

—¡Si Genaro: dicen que es inmensa!

—Pero dime ¿no sabes por qué el Visconde parece que trata de ocultarse y de que nadie lo descubra?

—Nó, ese es un misterio para mí; pero creo que lo hará tal vez por no infundir alguna sospecha al padre de Leonor, y que éste pudiera poner entónces un dique á la inmensa libertad que concede á su hija.

—¡Soy muy desgraciado hermana mía! esclamo yo tomando entre mis manos las de Clara.

—No te abatas Genaro, me dijo; vas á ver como quizas mis sospechas son infundadas, y tú puedas aún ser feliz.

—¡Gracias angelical criatura! exclamé yo entonces en un momento de entusiasmo.

—Clara repuso, ya que tu has tenido tanta confianza conmigo Genaro, te prometo saberla corresponder de un modo digno de tí, y vas á ver como lo cumplo; en esta semana voy á trabajar asiduamente por descubrir si existe algo entre el Visconde y Leonor, y el domingo próximo, si como lo espero nos hemos de ver, verás cuanto tengo que decirte.

—Pero Clara, hoy solo de mí nos hemos ocupado; justo es tambien que nos ocupemos igualmente de tí.

—Clara suspiró ¡era el primer suspiro que le sorprendia en medio de sus continuas sonrisas!... Luego fijó en mí sus bellos ojos con una expresión extraordinaria de ternura, y me dijo:

—Sí Genaro, pronto depositaré en tu corazón todos mis secretos; pero como no es tan corta mi relacion, la dejaremos para la próxima vez en que nos veamos, pues segun me parece dicho día debes venir á comer en nuestra compañía y á pasar á nuestro lado la mayor parte de él; ¿no es así?

—No lo sé aún Clara, pero de todas maneras yo vendria.

—Clara se puso entonces seria y me dijo:

—No Genaro, si no vienes á comer el próximo domingo, entonces yo no te daré ninguna noticia.

—Manifesté brevemente á mi amiga los fuertes disgustos y contratiempos que causaba mi falta en casa de la familia de D. Justo, pero ella no me quiso escuchar.

—Si no vienes me enojo contigo, y te castigo me dijo con mucha gracia.

—Si esas jóvenes son tus hermanas, yo tambien lo soy, y no es justo que entre ellas y yo exista alguna distincion.

—Iba yo á contestar á mi simpática amiga, cuando la puerta se abrió y D. Mariano apareció por ella.

—Te he dejado un cuarto de hora mas, porque gozase mi Clara; pero ahora si ya no te pierdo por mas tiempo: ven Genaro, ¡hijo mio! tengo mucho que hablarte, y es preciso que me escuches.

—Se adelantó al decir estas palabras hasta donde yo estaba, y tomándome por la mano: vamos añadió, pronto vendrá á decirte adios hija mia,

mientras tanto entretente un momento en el piano, hoy no has tocado nada.

—Es verdad padre mio, respondió Clara rodeando con sus delicados brazos el cuello de su padre, te voy á obedecer. Vé con Genaro á darle tus instrucciones, que yo me iré á divertir haciendo un poco de música.

—D. Mariano imprimió un beso en la frente de su hija, y tomándome del brazo nos encaminamos prontamente á su gabinete.

—Cuando hubimos llegado, D. Mariano cerró la puerta. En seguida abrió un cajon de su escritorio y sacando unos papeles se sentó á mi lado y me dijo: Genaro, he aquí el negocio que voy á depositar en tus manos, y no te puedes figurar el placer que experimenta mi corazon al hacer en tí este depósito: ¡si hijo mio! ya te he repetido que con el buen éxito de él vas á adquirir una notable celebridad y una inmensa fortuna, esto es lo que te deseo, porque con tu conducta y las cualidades que posees te has hecho digno de ella.

—Gracias señor, le respondí, jamás podré olvidar los bellos conceptos con que vd. me honra.

—Dejemos de cumplimientos añadió D. Mariano y escúchame. El príncipe Carsinane es dueño de una cuantiosa fortuna y uno de los primeros títulos de Italia; reside en Venecia, y se haya

próximo á perder gran parte de su capital á causa de una falsa acusacion levantada contra él. Todos los derechos están de su parte, y la justicia le asiste; pero su contrario es un judío en extremo rico y caprichudo, que ha ganado por su parte al abogado mas notable que cuenta hoy Venecia. Es esta la causa que vas á defender Genaro, causa llena de gloria en que están fijas todas las miradas; como la justicia nos asiste, creo su triunfo indudable, y esta victoria será tu primer paso en la carrera de las leyes, y ella hará inmortal tu nombre cubriéndote de honra y de fama; todos querrán encargarte sus negocios, y el príncipe recompensará tus esfuerzos con gran liberalidad; ya ves hijo mio que en un solo dia vas á conquistar una gloria, que solo se obtiene al cabo de los años y á fuerza de teson y de trabajo.

—Cuando D. Mariano hubo concluido, ¡ah señor! le dije: Vuestra bondad es inmensa, y mi gratitud no tiene límites; pero á la verdad tengo miedo, ¡y si en vez de un triunfo solo obtengo una derrota?

—¡Desconfiadol no te he ofrecido ya unir mis esfuerzos á los tuyos? Genaro, nada temas, este litigio será el principio de tu fortuna, y engrandecerá tu nombre.

—¡Mi nombre! murmuré inclinando abatido mi frente ¡mi nombre! ¡ah señor! vos sabéis que nunca lo he tenido!

—Un velo de disgusto cubrió el semblante del buen anciano: despues de un instante de silencio me dijo: ¡Valor Genaro! no te entregues al abatimiento, yo no habia pensado en que para tu carrera era preciso un nombre; si hijo mio es preciso y lo tendrás.

—¡Ah! ¿qué habeis dicho? ¿yo tener un nombre, yo pobre exposito que ignoro quienes son mis padres?

—Si Genaro van á concluir tus humillaciones; dentro de ocho dias ya tendrás un nombre, y podrás responder sin ruborizarte á esa pregunta que tanto te ha hecho sufrir desde que eras un niño.

—Las palabras de D. Mariano habian alentado mi espíritu y derramado en mi alma el contento y la esperanza.

—¡Dentro de ocho dias! exclamé lleno de gozo; ¡ah! luego voz sabeis donde están mis padres, decídmelo por piedad, decídmelo; yo volaré á sus piés, los regaré con mis lágrimas, les haré ver mis martirios, y lograré conmooverlos y hacer que me reconozcan. ¡Ah! señor si me devolveis á mis padres, os deberé todo sobre la tierra!.....

—Don Mariano, que me escuchaba conmovido, cuando habe concluido continuo. V

—No hijo mio, desgraciadamente no está en mi mano devolverte el mayor tesoro que tenemos sobre la tierra, los autores de nuestra vida, pero sí puedo arrancar de tu frente el estigma que te hace rechazar de la sociedad; puedo darte un nombre que ocultará tu suerte á las ojos del mundo, y del que no tendrás que avergonzarte.

—Yo que habia concebido la esperanza de encontrar á mis padres, me sentí desconsolado con las palabras de D. Mariano, y no pudiendo sobreponerme.

—Si no conoceis á mis padres le dije tristemente, como quereis ¡ay! que yo tenga un nombre! Como podriais vos darmelo!.....

—Escuchame Genaro: Hay en Italia multitud de nobles que se hallan en la miseria, y que por un puñado de oro venden todos sus títulos y sus blazones; es á uno de estos desgraciados á quien pienso dirigirme, le daré el oro que cubra su miseria, y tu te revestirás de su título de nobleza. Cuando te pregunten tu nombre, solo responderás con el título, y nadie te interrogará de nuevo.

—Yo no volvía en mi del asombro que las palabras de D. Mariano me habian causado.

—Yo podría ser noble, noble como Leonor, noble como el Visconde, con quien ya podría cruzar mi espada; este pensamiento me llenaba de contento; repentinamente una idea hirió mi mente, y con mi franqueza habitual me apresuré á decir á D. Mariano

—Señor vos sois muy generoso pero no puedo aceptar vuestras bondades.

—¿Cuál es la causa Genaro?, preguntó el anciano sorprendido.

—Yo repliqué: no me parece propio ni digno de un caballero despojar á otro de lo que le pertenece y revestirme de un nombre y de un título que no me corresponde, me parece abusar de la necesidad, y engañar á la sociedad.

—Los movimientos de delicadeza que poseés Genaro, me replicó, son dignos de tí, pero no pueden hijo mio extenderse hasta este punto, porque debes saber, que lo que vas á hacer, no es lo que por primera vez se ha hecho; otros muchos lo han efectuado ántes que tú; con que ya ves que no tiene nada de particular.

—Pero señor, si esta costumbre es tan solo de los desdichados jóvenes que como yo no han conocido á sus padres, entónces..... todos sabrán distinguirlos igualmente de aquellos que

por un derecho sagrado poseén el título que llevan.

—No te pongas á cabilar, no solo los que no tienen padres compran su título, sino que muchos cambian su nombre por un título, puesto que este los saca de la oscuridad en que viven.

—Vamos Genaro en vez de abatirte, resignate y piensa si soy indiferente á tus sufrimientos, y si me intereso ménos por tí, que el mismo D. Justo.

—Yo entónces comencé á demostrar mi gratitud al buen señor, cuando sonaron las doce.

—Ya no tenemos tiempo, me dijo entónces D. Mariano, tomándome una mano, de recorrer las numerosas páginas de este litigio, del cual es preciso te impongas municiosamente; no podrias dedicar en el colegio algunos minutos diarios;

—Señor, como estoy en los preparativos mayores, lo dudo, y ademas ya sabéis lo que es un colegio; en él todos parece que se hallan autorizados para verlo y tomarlo todo; falcean las llaves de los roperos, y cuanto lleva uno consigo está espuesto á todas las miradas, por lo cual no me sería grato, como creo no le sería á vd. tampoco, que anduviese en otras manos este delicado depósito.

—¡Oh es verdad! No es conveniente que lo

llevés Genaro; pero en cambio el domingo próximo desde temprano eres nuestro, y entonces podremos examinar despacio este negocio.

—Habria sido una verdadera injusticia corresponder con una groseria los multiplicados favores con que D. Mariano me distinguia, y aun que pensé en mis amigos y en la pobre Julia, sin embargo no me pude excusar; prometí á D. Mariano venir muy temprano el siguiente Domingo, y despues de pasar á las habitaciones de Clara, para decirle adios, partí presuroso á la casa de la familia de D. Justo, quo sin duda me estaria esperando ya con la mayor impaciencia.

CAPITULO XXXI.

Excursiones en los alrededores de Paris.—Saint Cloud, el Castillo, sus salones, el Parque.—La gran Cascada y juego de aguas.—La linterna de Diógenes.—Los Jardines.—Aspecto de la poblacion.—Nuestro regreso á Paris.

Despues de habernos ocupado algunas horas en la lectura de la cartera misteriosa, vamos á dar cuenta á nuestros lectores de nuestras impresiones al recorrer los hermosos y pintorescos alrededores de Paris, á que destinábamós los dias festivos.

Muy gratos eran para nosotras estos paseos. El cambio total de escena y de vida, la animacion propia de las estaciones de los caminos de fierro, el continuo entrar y salir de gente, la alegría que se nota en todos los semblantes, y el cambio y rapidez con que van sucediéndose tantos objetos, todo contribuia á darle animacion encanta-